Tertulia.—Las jalapeñas.—Concierto de jaranitas.

QUERIDO FIDEL:

Con verdad no recuerdo bien á bien lo que te dije en mi anterior respecto de Jalapa; pero sí te advierto que nada hay en ello de falso ni exagerado. La belleza de este suelo y de esta naturaleza, excede á cuanto pueda decirse en el humano lenguaje. Los habitantes de aquí, particularmente el bello sexo, están en perfecta armonía con el país. Afables, con la sonrisa en los labios y la buena fe en el corazon, se siente al tratar con las amables jalapeñas el mismo contento que cuando se contemplan los frondosos bosques y las risueñas colinas de este dichoso suelo. Anoche estuve en casa de D*** que tiene una amable y sencilla familia. Concurrieron varias señoritas y algunos caballeros y oficiales del escuadron de húsares, con lo cual bastó para improvisar un baile de esos en que reina el contento y la franqueza. Dos señoritas tocaron la arpa y otra las acompañaba con una jaranita. No sé qué especie de prestigio hay en escuchar las armonías que produce un instrumento pulsado por las blan-

cas y delicadas manos de una mujer. En cuanto á mí, siempre que he oido á una señorita tocar el piano y reproducir ese idioma de misterios y de armonías, esa voz celestial con que las cuerdas hablan á nuestro corazon, ese libro de pensamientos tiernos que nos ha legado la poética alma de Bellini, no he podido menos de experimentar una conmocion indefinible y profunda. Así, cuando vi realizadas mis ilusiones, cuando me contemplé en medio de una reunion de jalapeñas y escuchando las sentidas vibraciones de las arpas, mi enajenamiento fué tal, que apenas pude dirigirles algunos frios cumplimientos. Cuando un sentimiento fuerte ocupa el corazon, no se puede articular palabra, y hay á veces necesidad de pasar por un estúpido ó por un insensible.—Las amables jóvenes lo hicieron muy bien, y dieron una prueba de que no se ha extinguido enteramente en Jalapa esa sencilla y hermosa aficion por el instrumento del Rey-poeta.

Proverbial es la franqueza y buen trato de las Jalapeñas; pero algunos, quizá con poca reflexion, han asegurado que esta jovialidad degenera en llaneza y coquetería; para mí tengo que estas cualidades son absolutamente efecto del clima: ¿cómo podria en un país de rosas y bajo una temperatura suave haber gentes de rostro severo y de continente taciturno? Es preciso que sonrian, que su voz sea agradable, que sus maneras sean delicadas y flexibles, y que esa frescura y lozanía que las brisas y el oxígeno del campo comunican á sus rostros, estén en perfecta relacion con su organizacion moral. De mis observaciones, tanto en la noche de la

tertulia como en los dias siguientes en que he tenido ocasion de tratar otras familias, no ha resultado otra cosa sino convencerme de que, así como hay personas, familias y hasta pueblos enteros que nacen y se crian con predisposicion marcada para ciertas cosas, así en Jalapa las mujeres están organizadas para recibir todas esas suaves y puras impresiones de la amistad y del amor. ¡Felices criaturas cuya naturaleza no está amasada con hiel, y á quienes solo la lucha irresistible de una sociedad gastada y corrompida, puede hacer desviar de esos santos afectos, de esa tranquilidad y buena fe con que se lanzan al trato social! Por lo demas, y salvo las excepciones, una jalapeña es un tipo propio para realizar cuantas ideas de felicidad se pueda imaginar un hombre de juicio y de filosofía. La jalapeña, no acostumbrada al lujo ni á esas orgías que tienen constantemente divagadas á las jóvenes de las grandes capitales, viste sencillamente, pero con estremada propiedad y elegancia. Su trage regularmente es blanco, adornado con flores naturales, y sus diversiones se reducen á pasear por los encantadores prados de los Berros, ó á reunirse con sus amigas, tocar la arpa y cantar esas canciones populares que tienen siempre un eco en nuestro corazon. Así, ves los paseos verdes, frondosos y risueños, coronados de multitud de jóvenes aseadas y blancas como unas palomas, y seductoras y poéticas como las ninfas de los bosques; ó bien en una noche de luna las ves bajo los naranjos y guayabos de algun jardin, cantando, tocando su arpa, y mágicos y seductores llegan á tus oidos los acentos de la música envueltos y mezclados con el perfume de las flores. Los placeres de esta voluptuosa existencia no desvian en nada á la jalapeña de sus faenas y obligaciones domésticas. Por costumbre y por hábito su casa está aseada, los muebles en órden, y todas las cosas que están bajo su cuidado respiran una sencilla elegancia. Cuando una jalapeña ama, lo hace con delirio, se resigna á seguir la suerte de su esposo, abandona su país, y en los mas extraños y remotos departamentos siempre conserva su rostro amable, su sincera sonrisa, su elegancia y limpieza en el vestido. Acomodándose á toda clase de condiciones y estados, viene á ser positivamente una compañera de su marido, que sin egoismo divide con él las amarguras y los placeres de la vida. Esto, repito, está sujeto á las excepciones; pero en general es el carácter predominante, el cual no ahora, sino antes, habia ya conocido, pues la casualidad me ha proporcionado tratar á varias jalapeñas fuera de su país.

Tú conoces á la amabilísima familia de M***, y por ella puedes á poco mas ó menos formarte idea de la sociedad bien educada de Jalapa.—Creo que considerarás que no exagero ni forjo un conjunto ideal. Así, pues, no creo que haya nada de coquetería en el carácter de las jalapeñas, sino que todo es natural, y por consiguiente agradable. Cuando una mujer tiene la locura de ensayar en el espejo el modo de mirar, y estudia las sonrisas y los movimientos de cuerpo y de cabeza, y pone en ejecucion ante la sociedad este arte, por decirlo así, dramático, entonces le viene el nom-

CAPILLA ALFONSINA

bre de coqueta, y por supuesto no merece sino que delante de ella se representen igualmente comedias y ficciones para pasar agradablemente el rato; mas cuando nada pide prestado al arte, sino que sus acciones son sencillas, libres y espontáneas, no se la puede aplicar tal epíteto.

Juzgo estarás acaso impaciente por esta digresion, que es para mí de mucho interés, puesto que es la única manera de pagar las particulares atenciones con que fuí recibido, y la complacencia que experimenté al tratar personas llenas de indulgencia y de bondad. Poco hay que decirte de la tertulia; las señoritas bailaron con mucha gracia y dulzura; se repitieron los conciertos de las arpas; se cantaron algunas canciones, y los intermedios fueron ocupados por la conversacion, en la que brilló el talento festivo y despejado de las señoritas, sin nada de esos ribetes de erudicion y pedantería, tan repugnantes en las mujeres.

Esta carta te dará idea, segun creo, de que Jalapa no es un pueblo despreciable, sino por el contrario, una ciudad donde no se extraña la civilizacion y cultura de México, y donde además es posible encontrar corazones que no estén contaminados con los vicios sociales que degradan el alto destino y la angélica mision que tienen las mujeres en el mundo, y es de hacer felices á los hombres con su amor y con sus virtudes.

La noche que siguió de esta tertulia, se presentó en punto de las ocho en mi posada, mi obsequioso amigo R*** y me invitó á pasar á la suya. No tuve dificultad; y por cierto que no me arrepentí, pues me aguardaba una agradable sorpresa. Hace algun tiempo que varios individuos alemanes se reunieron y formaron una sociedad filarmónica, sociedad que estudiaba multitud de piezas y sonatas, y salia las noches de luna á vagar, esparciendo por las calles de Jalapa torrentes de dulces sonidos y de sentidas armonías; otras veces se reunian en alguna casa, y pasaban ratos tan alegres como puedes figurarte. Esa sociedad cesó por algun tiempo de reunirse, por las ocupaciones de algunos individuos; mas empeñados en obsequiarme bondadosamente, los hallé reunidos é instalados en la sala, con sus respectivos instrumentos. La orquesta se compone simplemente de *jaranitas*, un par de *bajos*, y cuando mas una arpa. Las jaranitas, que creo son cinco, van disminuyendo en tamaño hasta que el *requinto* es un juguetillo tan pequeño, que parece imposible se pueda tocar en él.

El concierto comenzó por uno de esos lindos wals, compuesto por D. Guillermo Wallace, y estoy seguro que el autor se hubiera complacido en oir aquellas jaranitas, retozonas y vivas unas veces, melancólicas y sentimentales otras, y cuyos ecos iban á morir en lo mas íntimo del corazon. El wals fué tocado perfectamente; pues era una sola voz, un conjunto de acompasada melodía, en la que resaltaba solamente el requinto, como en la selva predomina el canto del ruiseñor. Multitud de composiciones modernas se tocaron; pero donde mas noté la dulzura de estos instrumentos, fué en el jarabe; ¡qué alegría y qué voluptuosidad en las

variaciones! ¡Qué viveza y qué coquetería en aquellos concentos, pianos y ténues como los suspiros de una doncella, ó apasionados y ardientes como los sollozos de una mujer celosa! Vieux-Temps. ó M. Bohrer, se habrian encantado al oir la mágia de esta música, exclusivamente mexicana. Por mi parte, dos dias enteros sin cansarme me estaria escuchando estas jaranitas, que producen en la imaginacion una especie de soñolencia y dulce delirio, parecido al que experimentamos en nuestros momentos de soledad, cuando hacemos esas vagas é indefinibles reminiscencias de los castos placeres de la niñez, ó de los perdidos y tristes amores de la juventud.

A las once me retiré sumamente reconocido á estos amables amigos, y admirando, sobre todo, su rara y singular habilidad.

Paseo á Coatepec.—El cañon de cuero.—El puente del Diablo.

QUERIDO FIDEL:

Está decidido que todos los dias reciba yo una nueva sorpresa, y un motivo de placer y de emociones. Acabo de llegar de Coatepec y otros puntos cercanos, donde he vagado tres dias lleno de felicidad. No creia

yo que se necesitase tan poco trabajo para conocer el paraíso. Figúrate un camino trazado en medio de una sucesion de colinas, mas ó menos elevadas, y estas cubiertas de espeso bosque; pero no te figures un bosque de espinos y mezquites, como los hemos visto en los Departamentos de San Luis y Zacatecas, sino un bosque compuesto de olorosos liquidámbares, de ceroxilos, de plátanos, con sus anchas hojas verde-esmeralda, de naranjos copados de fruta, de guayabos, de palmeros silvestres, de bejucos y de juncos, entre los cuales descuellan á veces los elevados y sombríos pinos. A la sombra de estas plantas robustas crecen las enredaderas y las yerbas medicinales. La campánula y la madreselva se enredan en los liquidámbares, y forman cortinas y bóvedas. El floripondio mezcla sus hojas con el naranjo y el palmero de cera, y parece que un mismo árbol da los frutos de oro y las blancas flores; y todo este bosque pomposo, magnífico, bello, con su mismo desórden y confusion, está enlazado por los bejucos, cuyos hilos penden de los árboles, formando graciosos lazos y coronas. ¿Cómo no figurarse, cuando se camina por esta interminable sucesion de jardines, que en ellos pasó todo el celestial drama de Milton? Apenas recogí un poco mis pensamientos y dispuse mi alma á la meditacion, cuando creí ver debajo de estos frondosos árboles, y á la orilla de estos cristalinos arroyos que corren y saltan entre las flores, á nuestra primera madre, con sus formas de alabastro y su cabellera flotante de ébano, tranquila y apacible recibiendo las visitas y conversando con los luminosos y blan-

CAPILLA ALFONSINA

cos ángeles que Dios le enviaba de los cielos. El perfume del viento, la voz melodiosa del jilguero, de ese solitario cantor de las selvas; los mil insectos y mariposas de esmalte, que revolaban entre las flores, y el dulcísimo susurro de las fuentes, contemplaba mi ilusion, y me abandoné con placer á estas contemplaciones vagas y brillantes, que suspenden, por decirlo así, el triste y doloroso curso de nuestros pensamientos, y nos llevan á otras regiones ideales y fantásticas. Ya me juzgaba, como he dicho, trasportado á los primeros dias de la vida del mundo, ya á esa edad de inocencia y de candor que pinta Homero, en la que la malicia y la corrupcion no habia enfermado á la raza humana; y que todos, como una familia de hermanos, vagaban inocentes y descuidados entre jardines y bosques de flores; ya, en fin, las narraciones de los viajeros se agolpaban á mi mente indefinidas y confusas, y me creia yo ante esos paisajes orientales y magníficos, cuya descripcion parece fabulosa.

De Jalapa á Coatepec hay como tres leguas; pero era tal mi enajenamiento, que creia no haber andado mas de una calle, cuando me encontré sobre un puente que está á la entrada del pueblo, y por debajo del cual corre un rio cristalino. Este puente tiene sus recuerdos gloriosos, pues pasó en él uno de esos hechos, que aunque sublimes, han quedado ignorados. En la época de independencia, Jalapa, Orizava, Córdoba, y todos los demas pueblos del Departamento de Veracruz eran invadidos por las tropas españolas, recobrados por los insurgentes, y vueltos á tomar por los enemigos; así en estos lugares como en toda la República, la sangre y los desastres se sucedian sin intermision. Coatepec, por rara casualidad, habia sido una excepcion de la regla; así, los vecinos aunque valientes y patriotas, no habian tenido ocasion de probar sus esfuerzos. La ocasion no tardó en presentarse, pues se tuvo noticia de que Travesí, con cerca de seiscientos realistas se dirigia á tomar posesion del pueblo. Inmediatamente que los coatepecanos consideraron que se les iba á atacar su pequeño paraíso, y que los enemigos iban á posesionarse de sus pintorescas y tranquilas soledades, su valor y su energía no conoció límites. No tenian armas ni disciplina, ni sabian una sílaba en materias de guerra; pero su patiotismo y valor lo suplió todo. Con la mayor precipitacion hicieron un cañon enhuecando un árbol y forrándolo con una piel de res, por lo cual le llamaron el Toro pinto. Travesí se aproximaba, y los coatepecanos provistos con tan singular artillería, completaron su ornamento con garrochas, palos, machetes, y algunas escopetas y fusiles viejos que pudieron reunir.

Habia un viejecito, virtuoso, tímido, y constantemente retirado en su casa, que le decian Tio Bachichas, hombre solamente propio para rezar el rosario y recitar la doctrina cristiana á los chicuelos. Contra lo que todos pensaban, Tio Bachichas salió de su inaccion desde los primeros momentos, recobró por un instante toda la energía de su juventud, y se puso al frente de los defensores de Coatepec. Cuando tuvieron noticia de que Travesí estaba ya inmediato, formaron un breve

consejo de guerra, y resolvieron esperarlo en el puente. Antes se prosternaron todos á pedir el auxilio de Dios. Tio Bachichas, con su grueso rosario de cuentas gordas en la mano, rezó con fervor en voz alta, despues pronunció una corta arenga; y gozoso, vestido de limpio y risueño, como si fuera á una boda, se puso en marcha, seguido de su entusiasta tropa, que fundaba toda su esperanza en la justicia de su causa, y en el poder de su singular cañon de cuero.

Los patriotas fijaron su cañon en un punto elevado, cargándolo con postas y guijarros. Travesí se acercó, riendo de la temeridad de estos campesinos; mas de improviso, Tio Bachichas dió fuego al terrible Toro pinto, los soldados descargaron sus armas, y una nube de metralla desconcertó á los realistas y les hizo muchos muertos y heridos. Antes que Travesí volviera de su sorpresa, el *Toro pinto* habia arrojado otra vez por su boca otra descarga. La accion fué muy reñida; pero al fin los realistas se retiraron con gran pérdida, y los doscientos ó trescientos coatepecanos volvieron á su pueblo, capitaneados por el heróico viejo, y entonando salmos y canciones al Todopoderoso.

El cañon de cuero estaba ya quemado é inservible; pero habia hecho su deber.

Divertido y admirado con esta narracion que me contaba mi recomendable amigo el señor D. Mateo Rebolledo, vicario de Coatepec, llegamos al pueblito, que es un verjel, como debes pensar. El virtuoso vicario es un hombre enteramente dedicado á su ministerio. Amable, franco, bondadoso con todos sus feligreses, es el

padre del pueblo, el verdadero tipo de un eclesiástico lleno de filosofía y de virtud. Encantado con su trato y su conversacion pasamos el resto de la noche hasta las diez, en que nos sirvió una cena sabrosa. Despues nos retiramos á descansar para ponernos en camino á buena hora, y visitar unas hermosas cascadas.

Con efecto, á las seis ya estábamos en la Orduña, hacienda cuya situacion y temperatura la hace uno de los puntos mas bellos de los alrededores de Jalapa. Continuamos por el rumbo de Tusamapa, y pasamos por un hermoso puente que tenia diez y ocho varas de altura, y veintitres de largo. A este puente llaman unos Puente del Grande, y otros del Diablo, y este último nombre proviene de una tradicion muy semejante á la de Suiza. Un rico hacendado que vivia de este lado del rio, amaba tiernamente á una hermosa jóven que vivia del otro lado, y á la cual veia todas las noches á excusas de su familia. Las mas veces el torrente era impetuoso, pues se juntan dos rios, y el amante se desesperaba al verse privado de ver á su bella paloma, ó tener que exponerse á ser arrebatado por la corriente, que en este lugar es muy rápida y profunda. Desesperado, una noche exclamó: «Si el Diablo hiciera un puente, le daria mi alma.» Inmediatamente el Diablo, bajo la forma de un pastor, se le presentó, y ambos firmaron un pacto en que se extipulaba la condicion de que si el puente no estaba acabado al primer canto del gallo, el amante no estaba obligado á dar su alma. El Diablo se puso á trabajar, arrancó con las manos piedras de los cerros, y con una velocidad increible

comenzó á colocarlas unas sobre otras. Dios sin duda quiso salvar el alma del réprobo, é hizo que un gallo cantase antes del tiempo acostumbrado. A pesar de la actividad del Diablo, el puente no estaba concluido, y el Diablo, chasqueado, arrojó un terrible alarido y desapareció entre una nube de fuego y de azufre.

Aun se ve incompleta la balaustrada del puente, y añade la tradicion, que el amante reconocido de la misericordia de Dios, se casó y vivió virtuosamente con la que antes habia sido su querida.

Llegamos á la cascada del Calechar, que es hermosa. Ocho ó diez hilos de agua brillantes se desprenden á un profundo barranco, frondoso y lleno de vegetacion, desde cuyo fondo se levanta entre los árboles y las flores un arco-íris que ciñe á la cascada como una diadema de piedras preciosas.

Largo seria darte cuenta de todas mis emociones en este paseo; baste decir que he venido lleno de gratitud por la bondad de los amigos que me han acompañado, de admiracion por las obras de Dios, y del bienestar y contento que es consiguiente cuando se dedican algunos momentos de la vida á la contemplacion de ese libro variado y poético de la naturaleza.

Salida de Jalapa.—El Puente Nacional.—Recuerdos del general Victoria.— Llegada á Veracruz.

A las once y media del dia el coche estaba en la calle, y las ocho mulas en disposicion de conducirnos por esos mundos de Dios. Dando la campanada de las doce, subimos apresurados para tomar el mejor asiento, é instalados hasta nueve individuos, con sus correspondientes adiciones de cachuchas, capas, cajones de puros, sacos de noche y envoltorios, que llenando los huecos, formaban del centro del carruaje un todo compacto, tronó el látigo y partimos todos, correspondiendo á los adioses de varios amigos y curiosos que siempre acuden á ver partir la Diligencia.

El camino, luego que se sale por la garita de Veracruz, es una calzada de piedra bien construida por en medio de una no interrumpida sucesion de lomas fértiles. Con una especie de tristeza veia pasar por mi vista esos dulces y encantadores paisajes de Jalapa, esos plantíos de plátanos y guayabas, esos naranjos cubiertos de frutos de oro que bordan las orillas de la calzada; pero cuando se camina en Diligencia, es menester verlo todo rápidamente como un cosmorama,

CAPILLA ALFONSINA